

MI AMIGO DISIDENTE

F. G. A.

No puede andar conmigo, de la ciudad ha quedado desterrado. No es justo y, ante ti, exigente lector, voy a denunciarlo.

Creo que mi amigo, viejo y sabio, ha hecho mucho por la humanidad y no merece ser un apestado. Estuvo con Sócrates cuando la envidia humana le dio de beber cicuta, fue compañero insomne de Marie Curie, acarició las tupidas sienes de Nelson Mandela en la cárcel y también inspiró a Miguel Hernández para escribir sonrisas en las cenizas de los tiempos.

Pero hoy en día ni en mi casa puedo darle asilo político, sus fieros censores están por todos lados: mi vecina asesinando el tedio con un taladro o un enamorado errante llorando bajo mi balcón. Ya no puede acompañarme, para mi amigo apenas quedan ya recovecos, a veces me canso de buscarle, pero en el fondo él sabe que siempre será mi escudero. Mi amigo tampoco puede venirse conmigo a ningún evento. Los *rottweilers* del posmodernismo, los jefes de cumplimiento ideológico del *TikTok*, lo condenaron al ostracismo y crearon bandas sonoras de la estupidez, estridencias de la nada.

El amigo del que te hablo es a su vez íntimo amigo de la reflexión, del criterio y de aquella seña de identidad humana de cuestionar las cosas, de buscarle aristas a lo *evidente*, quizá sea ese el motivo por el que nuestros dirigentes gustan de que sea un proscrito.

Este compañero mío, al que no dejo de pensar con nostalgia, vive como un guerrillero, un fugitivo escondido en campos y montañas y alguna vez pasea por la playa, otras veces me tengo que conformar con la compañía de su hermano rebelde, el susurro. La última madrugada que lo vi, sonreía protegido por el descanso de los humanos. Antes me arrojaba por las noches y me aconsejaba en los días, ahora es difícil buscarlo, pero hoy he estado con él unos minutos.

Es jodido ser mi amigo Silencio.